

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

→ BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1888 ←

NÚM. 364

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Cabalgata en honor de Colón.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxard. — *El final de Aida*, por don A. Sánchez Cantos.

GRABADOS. — *Carro de Europa*, proyecto del Sr. Pellicer. — *Cabeza de la comitiva.* — *Coche ruso.* — *Los estandartes de Barcelona, Castilla y Aragón.* — *Macero y trompeteros.* — *El dromedario; séquito de Africa.* — *Palanquín filipino.* — *Carro de Oceanía*, proyecto del Sr. Pascó. — *Carro de América*, proyecto del Sr. Riquer. — *Carro de Africa*, proyecto del Sr. Llorens. — *Carro de Asia*, proyecto del Sr. Riquer. — *El arado árabe.* — *Séquito de Africa.* — *Palanquín egipcio.* — *Séquito de Asia.* — *Palanquín indio.* — *Soldados de la India inglesa.* — *Japoneses y chinos.* — *Palanquín chino.* — *Carreta rusa.* — *Palanquín japonés.* — *Otro palanquín japonés.* — *Séquito de América.* — *Séquito de Europa, naciones extranjeras.* — *Séquito de Europa, regiones españolas.*

CABALGATA EN HONOR DE COLÓN

con motivo de la Exposición Universal de Barcelona

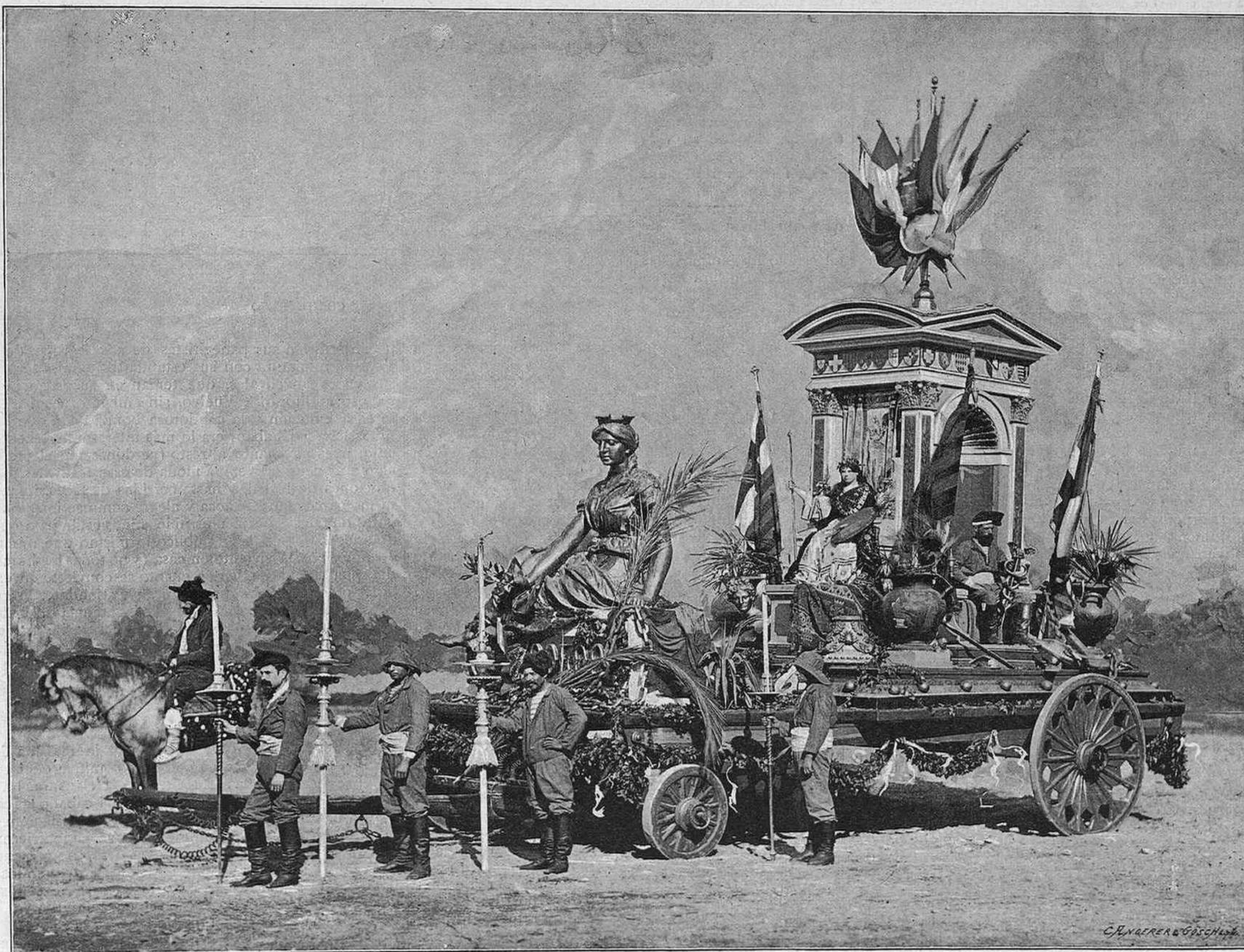
Proyecto y dirección de D. J. L. Pellicer

Dedicamos por completo la sección de grabados del presente número á reproducir vistas, grupos y detalles de la celebrada cabalgata organizada en honra del inmortal Cristóbal Colón, formando parte de las fiestas con que la ciudad de Barcelona ha festejado la primera Exposición universal española. No es tan fácil como á muchos se les figura disponer espectáculos públicos que merezcan generales simpatías y aplausos, y los que dirigen cargos á quienes los disponen por su falta de inventiva, deberían medir la suya poniéndose á prueba en análogos casos. Las cabalgatas alegóricas ó históricas han sido casi siempre incluidas en los programas de las fiestas populares en razón á que si bien de una parte son múltiples y no fáciles de combinar los elementos que á ellas concurren, de otra parte su lado pintoresco é instructivo impresiona á la multitud, que puede contemplarlas cómodamente merced á una carrera adoptada en proporción al número de espectadores que se presume han de acudir á presenciarla. Las primeras capitales de Europa las vienen efectuando y todavía no se ha extinguido en Florencia el efecto causado por la que se organizó con motivo de la inauguración de la nueva fachada de su famosa basílica.

En Barcelona son de antiguo conocidos esos espectáculos: cuando á principios del siglo vinieron á esta capital en una ocasión el rey D. Carlos IV y en otra ocasión Fernando VII, ya se dispusieron lo que entonces se llamaron *mojigangas*, de carácter especialmente alegórico-mitológico, gusto dominante en aquel entonces, bastante bien combinadas según es de ver en grabados de la época. Con procesión ó cabalgata representando la entrada de Cristóbal Colón en Barcelona fué obsequiada la reina doña Isabel II la última vez que ha visitado nuestra ciudad, y no ha olvidado ésta por cierto con cuánto aplauso y en distintos carnavales organizaron cabalgatas algunos jóvenes pertenecientes á humorísticas sociedades, compitiendo en felices concepciones realizadas con el mayor lujo, propiedad y buen gusto.

Ardua cosa era, por lo tanto, llamar la atención de vecinos, forasteros y extranjeros con un espectáculo de esa clase, mayormente cuando los organizadores no podían contar, como en otras capitales, con el concurso material de muchas familias que allegan valiosos elementos propios para el mayor esplendor de tales actos. En nuestra ciudad, siempre que de festejos oficiales se trata, aislase á la corporación que los dispone, á cuyo cargo se deja correr todo, absolutamente todo, reservándose el público el derecho de criticar si la cosa *no da gusto á los señores*; ó en último resultado, hincar el diente de la maledicencia en el capítulo de gastos, como si todo se lo diesen de balde al desdichado que tiene la mala idea de divertir al prójimo. Insiguiendo esta costumbre, los organizadores de la cabalgata

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA. — CABALGATA EN HONOR DE COLÓN



CARRO DE EUROPA, PROYECTO DEL SR. PELLICER

Colón apenas si pudieron contar con la cooperación del Capitán General de Cataluña, que facilitó el conveniente número de soldados de diferentes armas, del Municipio que destinó algunos bomberos y brigadas de operarios, de los socios del taller *Baldusa* que concurrieron personalmente á ocupar los sitios que les fueron designados, y de varios individuos del *Círculo Artístico* que cooperaron al éxito con el caudal de sus conocimientos.

Con semejantes elementos y la recomendación indispensable de gastar lo menos posible, nuestro director artístico Sr. Pellicer tomó á su cargo el empeño de representar á todas las regiones del globo congregadas para rendir un tributo de admiración al inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

Razones fáciles de comprender nos impiden elogiar debidamente el trabajo realizado por aquel ilustrado artista; pero en este injusto silencio no podemos comprender á sus distinguidos cooperadores, cuyos nombres consignamos con el mayor gusto. Fueron estos:

Sr. Pascó, proyectista del carro alegórico de la Oceanía; busto de Colón modelado por el Sr. Tasso.

Sr. Llorens, del carro África: esculturas del Sr. Nobas.

Sr. Riquer, de los carros Asia y América: esculturas del Sr. Carbone.

Dibujante de figurines y arreglo de trajes, Sr. Labarta.

Dibujos de palanquines, carretas, trineos, antorchas y otros accesorios, Sr. Vilumara.

Tallista, Sr. Rabauta.

Lampistería, Sres. Riera y Mestres.

Atrezo, Sr. Tarascó.

Pasamanería, Sres. Torres y Renóm.

Sastrería, taller del teatro de *Novedades*, propiedad de D. Ignacio Elías.

Jardinería, Sres. Oliva, Chaves, Batlle y Simó.

Electricistas, Sociedad Española, Anglo-española y Sr. Coca.

Pirofónicos, Sres. Saura y Garreta.

Tapicero, Sr. Duch.

Construcción de coches, Sr. Riera.

Banderas, Sres. Rays y Medina.

Entoldados, Sres. Vilanova hermanos.

Centenares de miles de personas pudieron juzgar, especialmente en la segunda salida de la cabalgata, hasta qué punto esos artistas cumplieron su cometido. Lo que no pudo apreciar esa inmensa masa de público son las circunstancias especiales que concurrían en la obra, dignas de tenerse en cuenta porque avaloran la conciencia y fidelidad con que en aquella se hallaban representados hombres y cosas. Consiguamos, pues, que buena parte de los trajes que figuraron en el espectáculo eran auténticos, á lo cual contribuyó la diversidad de gentes reunidas de distintos países del mundo en Barcelona á causa de la Exposición Universal; que otro considerable número de vestidos se confeccionaron con telas y accesorios provenientes de los pueblos á que aquellos pertenecían, y que los peculiares de cada región española se trajeron de las respectivas provincias figuradas; merced á lo cual las adquisiciones hechas pueden aplicarse á ser base de un Museo que, oportunamente fomentado, ha de ser grandemente curioso y de utilidad incontestable. Los detalles ó accesorios, trineos, carretas, palanquines, armas, utensilios, fueron cuidadosamente reproducidos según los mejores datos y documentos conocidos, pudiendo asegurarse que raras veces un espectáculo tan complicado y heterogéneo ha sido dirigido con mayor conciencia y conocimiento de causa.

Ahora bien, el total de gastos ocasionados para reunir tantos y tan poco asequibles elementos, ha sido de 85,000 pesetas; de suerte que calculando en medio millón el número de espectadores, puede decirse que tan brillante fiesta resultó costar á razón de unos quince céntimos por espectador. Este detalle podrá no ser artístico; pero demuestra á cuán poca costa puede darse cabida al arte en las fiestas populares.

Tenemos á la vista una curiosa nota de la organización ú orden que rigió en la cabalgata: ella demuestra con cuánto esmero se procuró y consiguió que el mundo entero estuviese debidamente representado en esa apoteosis del inmortal genovés. — El mundo á Colón — tal era el asunto obligado de la cabalgata, y en realidad pudimos hacernos la ilusión de que los representantes del mundo todo se habían congregado en nuestra ciudad con tan plausible y justificado motivo.

Nuestros favorecedores verán con gusto la reproducción fiel de las principales partes de ese espectáculo que honró igualmente á los que lo concibieron, á los que lo dirigieron, á los que lo ejecutaron y á la ciudad en que ha tenido lugar.

Las viñetas que se publican son todas dibujadas por el Sr. Pellicer y las fotografías de los señores Audouard y C.^a

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

FIESTAS DE CLAUSURA

¡Digno remate de las que se celebraron en brillante serie no interrumpida por espacio de seis meses! Era de esperar.

Como las mujeres hermosas que no deben su reputación ni á casamenteras ni á vecinas, la Exposición fué adquiriendo la fama por sí misma, desde el día de la apertura, sin gran propaganda y aun á despecho de ella.

Siendo así, podía contar desde luego con que á su cierre acudiría inmenso gentío de forasteros rezagados, última y definitiva suma de los que fué atrayendo el éxito.

El mundo oficial tampoco había de faltarle, por las mismas causas. Acudir á las filas desde el principio de una empresa de dudoso resultado, es caso de consulta, pero figurar en una apoteosis final, aclamada ya por la opinión, es... deber que no se elude sin pena. Un moralista mezclaría algún acíbar en esta observación; no hay para qué. El hecho parece muy natural y muy humano. El entusiasmo del triunfo es tan comunicable que, sin grande inconsecuencia, sin acordarse para nada de la abdicación, muy buenamente, muy candorosamente, muy desinteresadamente, quién más, quién menos, todos queremos parte en la victoria. Incluso aquellos periodistas,

ó poco celosos ó adversarios de la empresa, pueden muy bien quejarse á última hora de faltas de consideración... ¿por qué no?

Por otra parte, Barcelona tenía derecho á mostrarse satisfecha viendo llegado con toda felicidad el término de su esfuerzo y cerrado con inesperado éxito el período de su vida más fecundo en enseñanzas y más fértil en resultados para su nombradía.

No es de extrañar pues, que con tal afluencia de gentes, con tal apoyo y en tal estado los ánimos, las fiestas de clausura hayan resultado espléndidas, como el golpe final de un drama, interrumpido ya por los aplausos, cuando el público se halla dispuesto á la ovación.

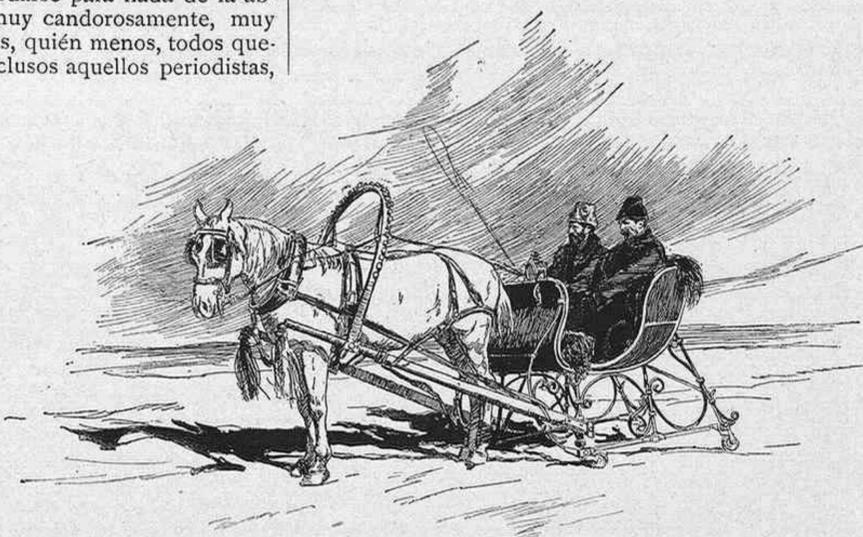
* * *

Fueron su prelude los festejos del día 8: la alborada de bandas y coros recorriendo las calles, el concierto infantil y la iluminación nocturna en la Exposición, á donde acudió extraordinaria concurrencia, quizás superior á la que habíamos visto durante la temporada.

Hay una antigua alegoría de la vida, muy famosa, que representa sus diferentes edades personificadas por distintos individuos, de pie en los peldaños de una escalera ascendente y descendente. Los actores de las fiestas de la Exposición se han presentado por el mismo orden que su representación ó su edad les asignaría en la escalera, empezando por el más alto descansillo y acabando por el último peldaño. Inauguró el certamen la Reina y lo cierran unos niños cantando un coro, no sin que antes entonen ya la puerta los estudiantes ¡la esperanza de la patria... revoltosa, que tan gran papel representa hoy por hoy!... De modo que aquí hubo función para todos: para las madres inclusive. Porque el concierto infantil de los alumnos de la Escue-

la municipal en el salón de Bellas Artes, y el himno que cantaron luego en el hemiciclo, rodeados por cariñosos, animados, innumerables espectadores, resultaron fiestas muy bellas, gracias principalmente al concurso de las madres ó las que lo parecían.

No quiero ofender ni postergar con esto á los tiernos alumnos. ¡Cuánto se ha escrito y seguramente se escribirá todavía acerca de los niños y de su edad inocente!

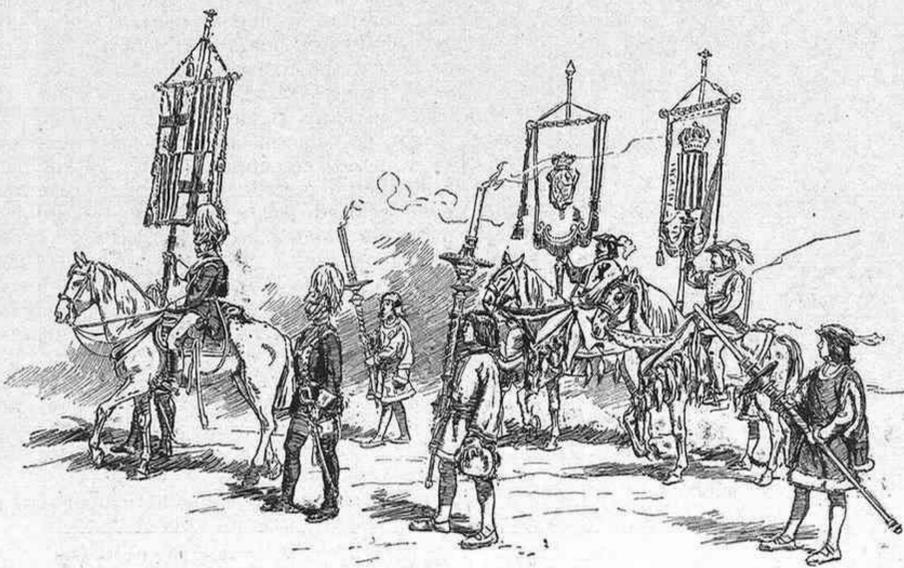


COCHE RUSO

¡Cuánto dirían sus panegiristas de aquel grupo de cantores en miniatura con sus estandartes diminutos, y de sus voces angelicales, que tenían en suspenso al bondadoso auditorio!... Vuelvo, sin embargo, á mi idea: la intensa emoción y la candorosa bondad con que las señoras les escuchaban, era lo más interesante del espectáculo; pues en cuanto al resto (perdóneseme el prejuicio algo anticuado tal vez) la moda de esas festivas, bailes, funciones de teatro, y hasta corridas de toros, infantiles, ni me parece tan hermosa y alegre como se imagina uno antes de tales espectáculos, ni los niños están para que los grandes los exhiban en público lo mismo que muñecos. El niño, poesía viviente en casa (y no todas las horas del día) pierde su atractivo en cuanto se convierte en espectador ó actor, y sabe que le miran y atienden. Su gracia consiste en su naturalidad y en la ignorancia del artificio, y el espectáculo público es todo lo contrario: artificio y carencia de naturalidad; con que siempre hay algo de pesado y torpe en la exhibición, que choca por inesperado y en realidad poco gracioso.

* * *

Después del *Te Deum* que fué por la mañana del 9, salió de las Casas Consistoriales la comitiva oficial para dirigirse á celebrar la ceremonia de la clausura. La precedían con la correspondiente guardia á caballo los estandartes, banderas y enseñas de las principales naciones del mundo, en representación de las que concurrieron al certamen. Era de efecto vistoso ver descollar por encima de la multitud tantos y tan multicolores trofeos en los que flameaba el sol, ó destacarse á lo lejos sobre el tostado color de los árboles, sumergidos en esa luminosa y melancólica bruma del ocaso en otoño. Iba detrás á pie el numeroso cortejo de tales ceremonias, siempre más ostentoso que brillante, gracias á lo poco ó nada pintoresco del traje moderno. Empleados de la Exposición y periodistas; miembros del Jurado ó individuos del Consejo general; cónsules y representantes del ejército y de la armada;



LOS ESTANDARTES DE BARCELONA, CASTILLA Y ARAGÓN

magistrados y Cabildo, Junta Directiva, Comisario regio, Diputación, Ayuntamiento, todos habían concurrido, todos desfilaron con sus bandas, sus cruces y sus veneras, así los que cooperaron á la dirección de la obra, como los que sirvieron de figura decorativa en las grandes solemnidades que trajo consigo... Era aquella la última!

Cuando la comitiva llegó al arco de triunfo, le era casi imposible circular por entre el gentío que abría calle penosamente; cuando subió las gradas del Palacio de Bellas Artes, y entró en el gran salón, el espectáculo animado que se ofrecía á los ojos era indescriptible. Las galerías, atestadas de espectadores; la planta baja, cubierta de apiñada muchedumbre que se empinaba en las sillas, en los zócalos de las estatuas para ver pasar. Los órganos rompieron con majestuosas sonatas y con sus voces solemnes resonando por el inmenso ámbito, comunicaron un punto de religiosa majestad al acto, cual si se celebrara bajo las bóvedas de un templo.

Junto al dosel del fondo de la sala, á tan larga distancia, aparecían empuñados aquellos personajes. Se levantó el Comisario regio y pronunció su discurso; voces sueltas é ininteligibles y alguna que otra palabra llegaban á nuestros oídos. Se levantó el Sr. Rius y Taulet, y aunque esforzaba la voz, sólo alguna frase pudo entender el concurso. Pero no importaba ciertamente. Cualquiera que fuese el sentido de la peroración, propia sin duda de las circunstancias, el acto era harto elocuente, harto conmovedor por sí mismo. Él solo bastaba para que acudiera á la memoria en tropel, con qué indiferencia acogimos la idea de una Exposición universal; qué dudas, qué recelos, encubría la brillante ceremonia de la inauguración allí mismo celebrada seis meses há, y con qué éxito se cerraba en aquel instante. Aun sin las frases de encarecimiento dirigidas á Barcelona, surgía á nuestra vista el panorama grandioso que habíamos dejado á la puerta; pasaban por la imaginación uno tras otro los espectáculos deslumbradores de la temporada, y discurrían por la inteligencia los diversos conceptos que aquel esfuerzo titánico de un pueblo podía sugerir. No era necesario, nó, esforzar la elocuencia: el espectáculo imponente y conmovedor lo teníamos delante: tanto como en sus mismos directores, estaba en el concurso de una ciudad que una vez vencida la duda había dado tales muestras de actividad, de poder, de ocultas y grandes energías, y un mentís á sus detractores con su hospitalaria cortesía y su inacabable moderación y cultura!... En aquel instante podía glorificarse á sí misma sin orgullo, con la serenidad del fuerte. ¡Solemne momento, cuyo verdadero y complejo sentido no pueden condensar los discursos oficiales en que es de rigor atender á los saludos y vivas del ceremonial!

Faltaba coronar este espectáculo con otro más significativo todavía; faltaba que aquel coro ya crecido, se aumentara con otro mayor: la multitud que había invadido la Exposición, reunida no ya bajo un alto artesonado sino á campo abierto.

La verdadera ceremonia de la clausura se celebró en la puerta principal del Palacio de la Industria. Desde el centro del hemiciclo, no era posible divisar un claro en cuanto alcanzaba la vista, ni más allá de los jardines por detrás de los edificios de la ciudadela, ni en ambas esquinas de la rotonda. Había cerrado la noche, brillaban en todas partes, sobre la negrura de aquel mar de cabezas, los puntos luminosos de la iluminación, que se iban extendiendo y festoneando en faroles de colores los arcos de la portada y la vasta curva del hemiciclo. Delante de



MACERO Y TROMPETEROS

aquella, en un foco de luz más vivo, al resplandor de los hachones, se distribuían y movían, con sus blancos penachos en el casco, aguardando el instante, los músicos de la banda municipal. Doblaban las campanas de la ciudadela, como si tañeran á muertos.

Llegada otra vez la comitiva, agrupada junto á la puerta, pasó casi invisible el momento de la clausura, pero dada la señal, entonó la orquesta y el coro nutrido y vigoroso el himno á la Exposición, ardieron grandes luces de bengala en las torres y lejanos edificios derramando rojiza y vasta claridad de incendio sobre la gran multitud apiñada, y ascendieron por el espacio como una constelación de estrellas los globos iluminados también. Un rumor formidable, como gran coro vagneriano, se alzó de aquel inmenso público!

Terminaba la Exposición.

En este punto daremos también por terminada nuestra tarea de cronistas, pero no sin resumir en breves párrafos una impresión de conjunto tras las de detalle.

Hemos seguido paso á paso las diversas vicisitudes del gran certamen. Hemos visto levantarse por ensalmo los edificios de la Exposición y transformarse y embellecerse de improviso la ciudad con notables mejoras, cuya realización hubiera costado años enteros de lucha. Debíose aquel primer triunfo, uno de los más grandes, á un pueblo de constructores, artesanos y artistas cuya actividad y acierto pasmaron (sin metáfora) á hombres que se hallan avezados á la vertiginosa rapidez con que levantan sus construcciones los pueblos modernos. Hemos podido contemplar de cerca sus artes é industrias, y aunque superando á las nuestras, ni todos nos vencieron, ni en el vencimiento aparecimosen lugar inferior. Nuestro arte antiguo nos reveló una tradición de grandeza y poderío, que estimula con la pena de haberla dejado perder, el anhelo de recobrarla. Nuestro arte moderno, en comparación con el extranjero, nos ha mostrado cuánta era nuestra modestia y nuestro mezquino prejuicio de considerarnos inferiores á todos los extraños, sólo por ser extraños. Hemos desvanecido con nuestra hospitalidad, y presentándonos tal como somos, injustas y arraigadas preocupaciones, á favor de las cuales aun ha de levantarse la frivolidad de ciertos observadores, acostumbrados á tenerse por infalibles sin mérito alguno para ello. A unas frases hechas sustituirán quizás otras, pero el juicio común experimentó reforma. Hemos dado ocasión con los congresos y las recepciones políticas á un comercio de ideas y á un paréntesis de vida intelectual de provechosas enseñanzas para to-



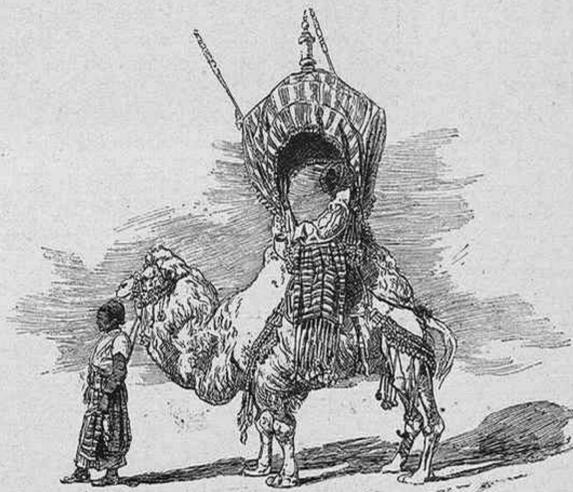
PALANQUÍN FILIPINO

dos. Hemos realizado una serie de espectáculos artísticos que pueden servir de punto de partida para notables progresos, y á los cuales prestaron su concurso con su cultura y su circunspección las clases menos ilustradas. Las más contrarias ideas, las más diversas manifestaciones se sucedieron en medio de la tolerante expectación de todos y con el aplauso, casi siempre acertado, de los más. Nos convencimos, por fin, tras el temor del principio, ó la oposición antipatriótica, de la verdad del proverbio: *querer es poder*. Y puesto que Barcelona puede, en adelante, en cuanto le resta por hacer con las mismas enseñanzas de la Exposición y sus restos, debiera modificar aquel refrán por este otro: *poder obliga*.

J. YXART

EL FINAL DE AIDA

Entraba en la estación de San Sebastián el tren expreso procedente de Irún. Rechinaba sobre los rails la locomotora y parecían aquellos rechinamientos, quejidos de la poderosa máquina que se dolía como fiera aherrojada por la débil mano de inteligente domador. Un rojo farol semejaba el ojo sanguinolento de un cíclope y el negro y espeso humo que la chimenea dejaba escapar, el vaho de la respiración despedido con un silbido agudo, ora de cansancio, ora quizás de protesta por la dura esclavitud de verse condenada al humilde papel de bestia de arrastre.



EL DROMEDARIO; SÉQUITO DE ÁFRICA

Tiró el maquinista de las riendas al monstruo, obedeció éste mal de su grado y dando espantosos rugidos paró su marcha y quedó silencioso, mudo y anhelante, como gladiador que descansara después de encarnizada lucha.

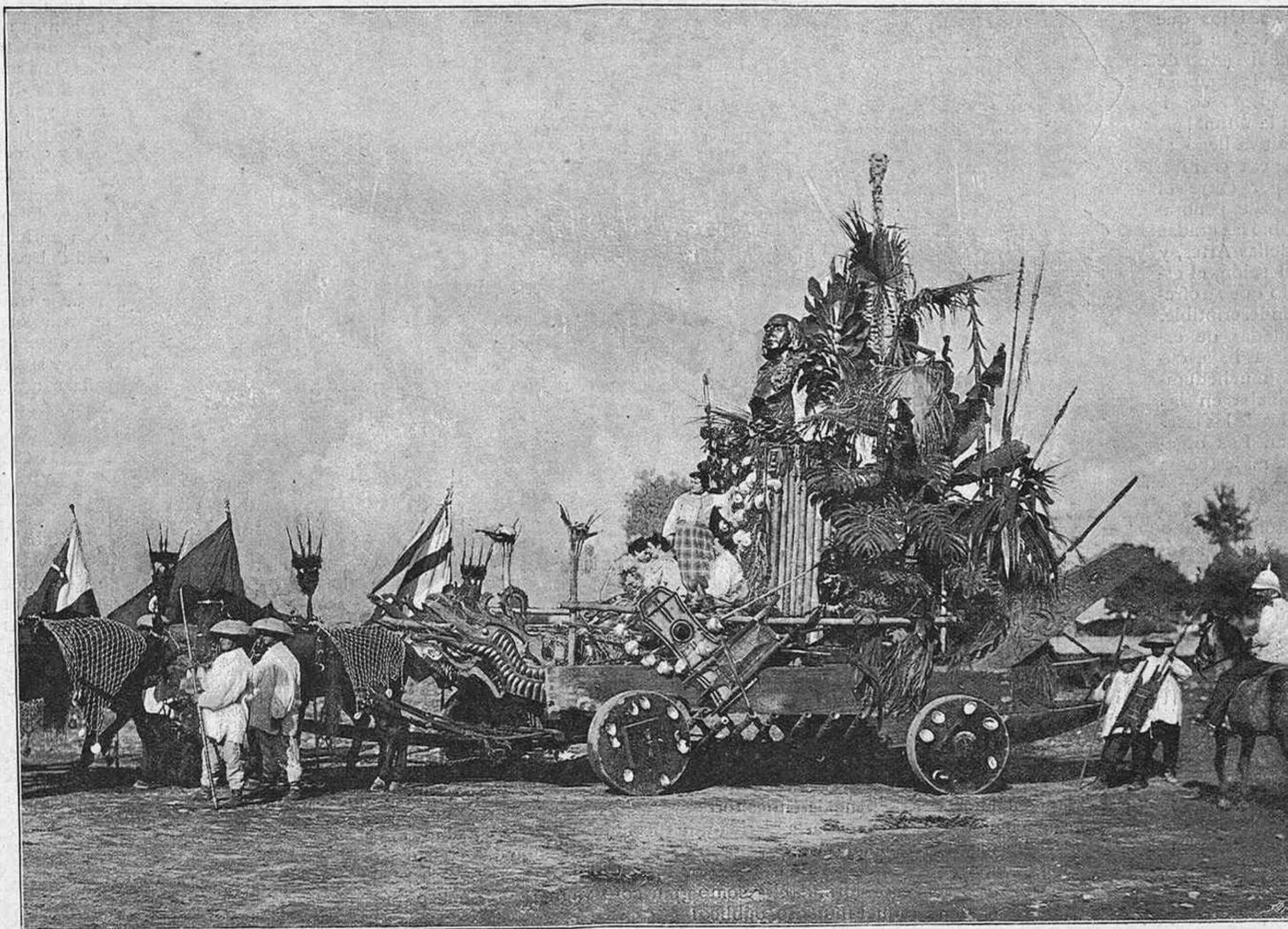
Una bulliciosa multitud aguardaba en los andenes de la estación. Los gritos de los mozos ofreciendo sus servicios, los saludos, el rodar de los carromatos conduciendo los equipajes, los sonoros besos, cambiados entre las que llegaban y las que aguardaban, y todos esos ruidos que se oyen en una estación al llegar un tren, eran aquella tarde ensordecedores.

Un hombre, como de unos 26 á 27 años, metiéndose entre la apiñada multitud, recibiendo codazos que pagaba con pisotones, oyendo aquí una impertinencia ó una grosería contestada con despreciativo silencio, pasaba su vista por los coches de primera clase, indicando en su mirada inquisidora, que buscaba á alguien con gran interés. Llegó hasta el furgón de cola sin encontrar á la persona á quien buscaba, y cuando comenzaba de nuevo sus pesquisas con el desaliento pintado en el rostro, oyó que desde un coche colocado en la mitad del tren, gritaba una voz de agradable y simpático sonido: — ¡Paco! ¡Paco! Corrió, el así llamado, hacia el sitio en que la voz sonó y á los pocos momentos estrechó en sus brazos á un joven de 22 á 23 años, de elevada estatura y hermosa presencia, moreno, de negra barba rizada y cuidada, de ojos negros, de mirada de fuego apasionada y expresiva, mirada de vehemencia tal que al punto indicaba al hombre de ardientes pasiones y de temperamento de ideólogo.

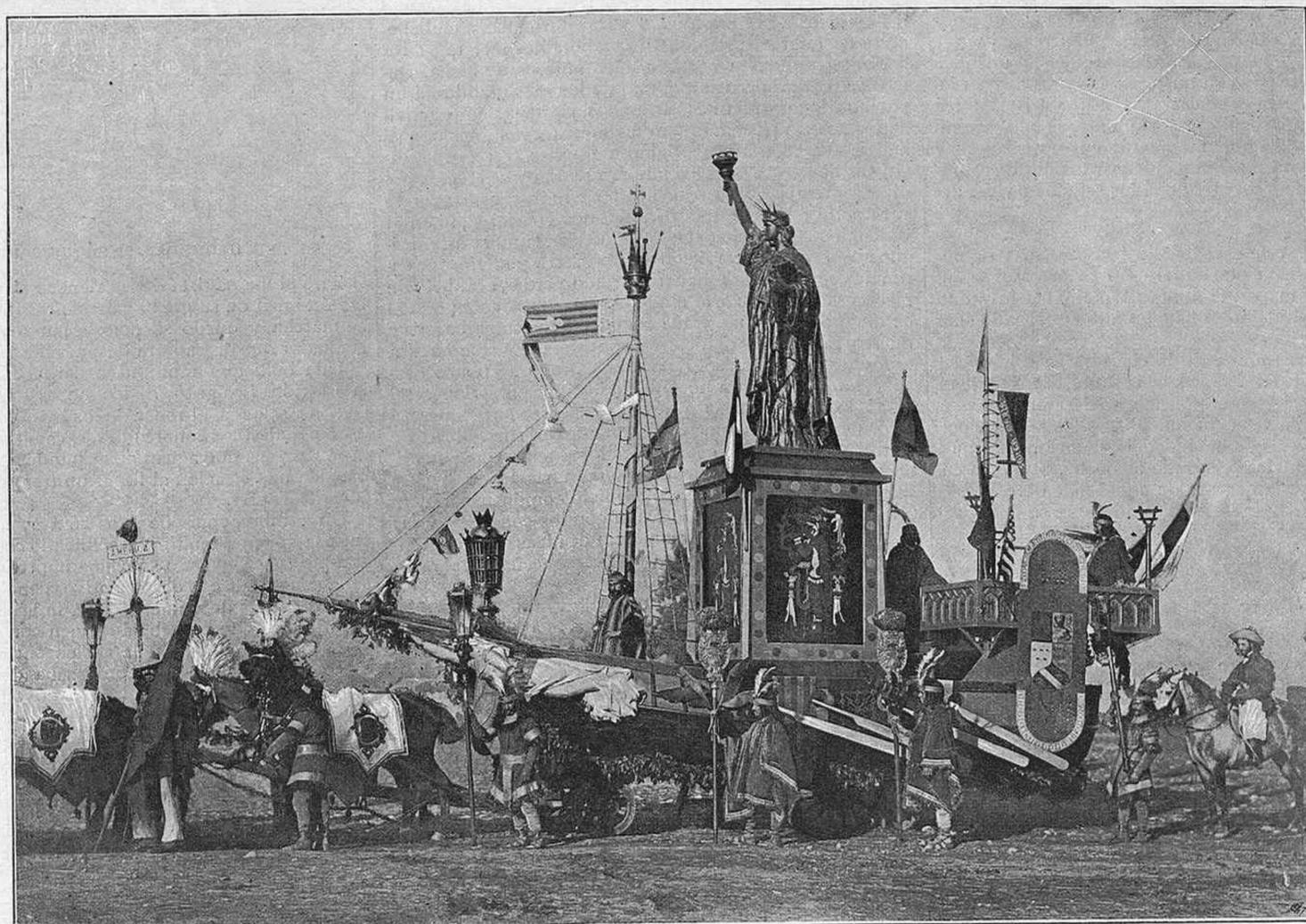
— Al fin te abrazo, — dijo Paco. — Por fin cumples tu promesa.

— Sí, amigo mío, aunque no por mucho tiempo: largo ocho días mi viaje sólo por pasarlos contigo.

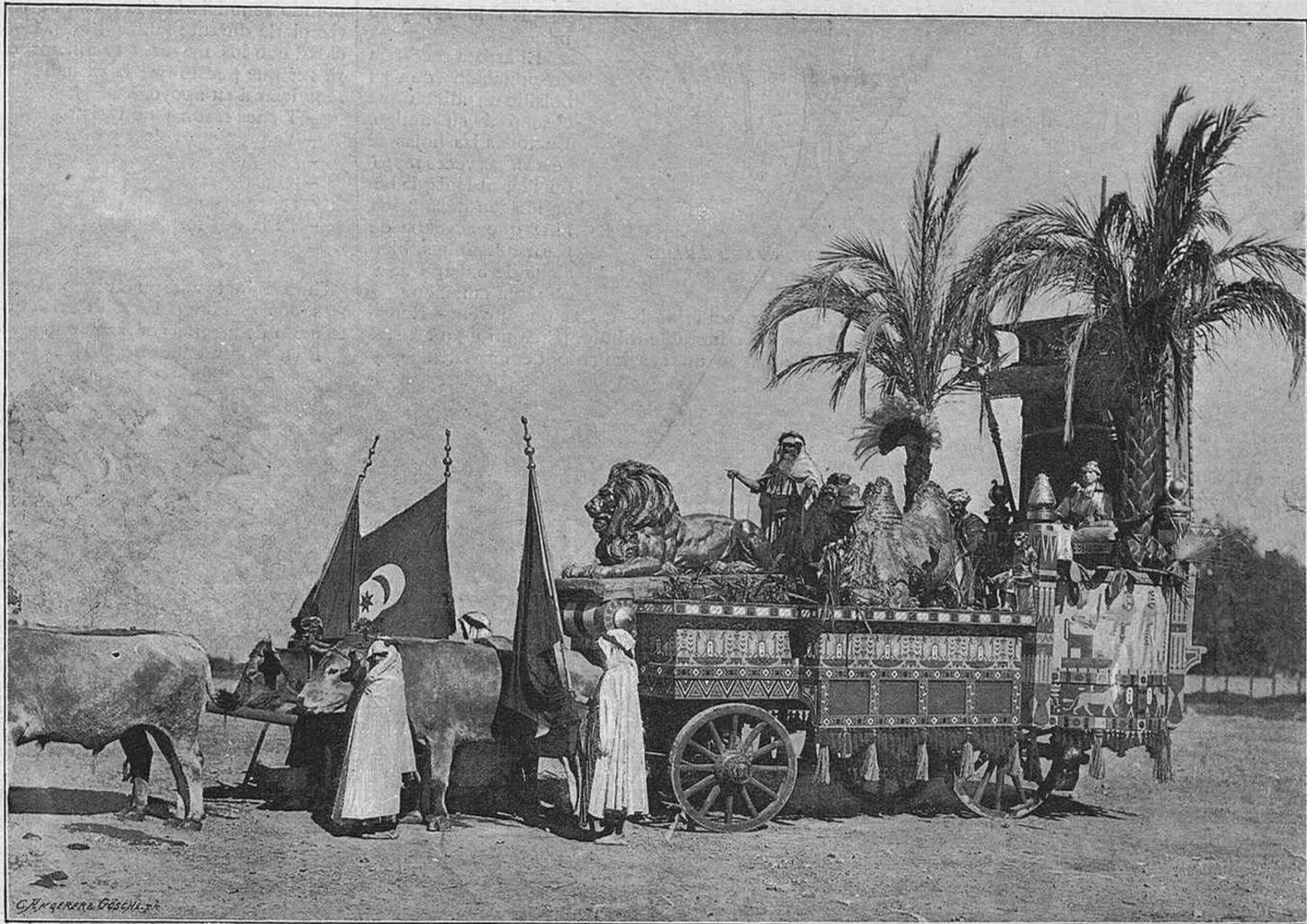
Hablando así los dos amigos se habían dirigido hacia la puerta de salida; pero era tal la confusión que el recién llegado exclamó:



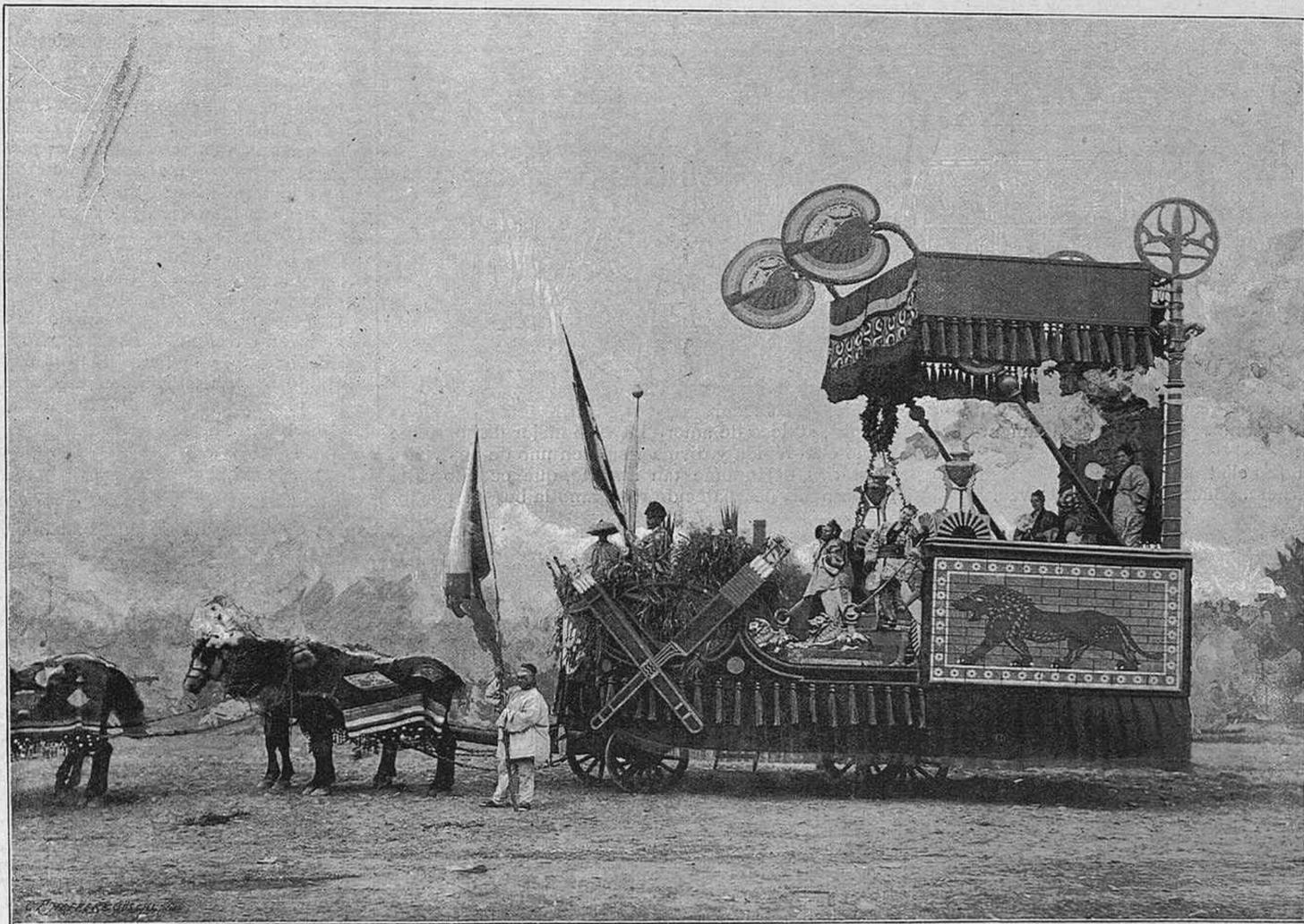
CARRO DE OCEANÍA, PROYECTO DEL SR. PASCÓ



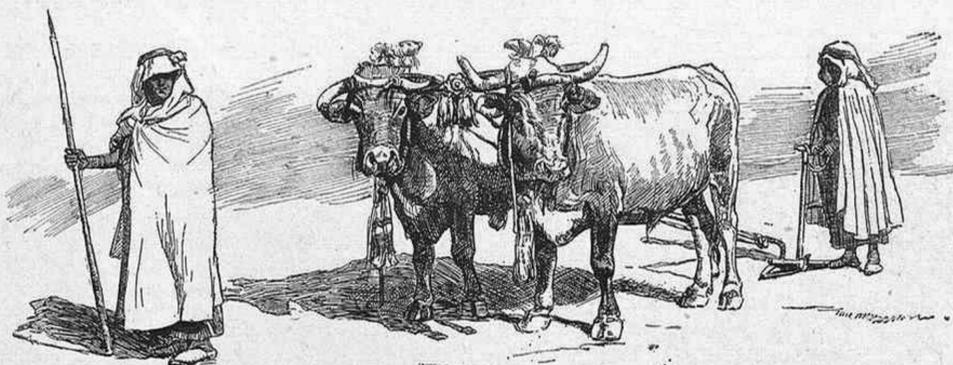
CARRO DE AMÉRICA, PROYECTO DEL SR. RIQUER



CARRO DE ÁFRICA, PROYECTO DEL SR. LLORENS



CARRO DE ASIA, PROYECTO DEL SR. RIQUER



EL ARADO ÁRABE

— Por favor, Paco, no nos metamos en esa baraúnda; esperemos charlando á que se despeje esto un poco.

— Como quieras. Ninguna prisa tenemos. Cuéntame entretanto, lo que has hecho por esos mundos.

— En dos palabras te lo diré. Estudiar tres años en Italia las bellas artes, pasear por toda Europa buscando los grandes modelos, recorrer después casi toda España, que no había de ignorar nuestros tesoros artísticos conociendo los extraños; acudir, por último, al cariñoso llamamiento de un buen amigo antes de volver á mi casa, de donde tanto tiempo faltó, y á los brazos de mi padre que me espera impaciente.

— ¿No has visto á tu padre en todos esos años, querido Carlos?

— Sí por cierto; ha ido á verme varias veces.

— Entonces que espere.

— Tengo prisa de regresar á la corte, á ese Madrid de hermoso cielo y alegre vida, animado y risueño, de que todos los madrileños sentimos la nostalgia aun entre el bullicio de las más grandes capitales.

Ambos jóvenes atravesaron la estación, ya más libremente.

Al llegar á la puerta se apartaron cortesmente dejando paso franco á dos señoras que entraban.



SÉQUITO DE ÁFRICA

arrancando rápidamente los dibujos á su amigo, dijo:

— No se trata ahora de eso.

— ¿Pues de qué se trata?

— De saber á dónde va, y á saberlo voy. El tren parte á las tres y minutos... Me voy, chico.

— ¿Adónde?

— A Madrid, si allí va ella; si se queda en otra parte, á donde se quede.

das partes. Hoy que por mi dicha la encuentro, no la perderé de nuevo. ¡Bendigo tu insistencia en hacerme venir! ¡Bendigo tu amistad y tu cariño!

— Sí, pero me dejas.

— Este encuentro varía todos mis planes. Por nada del mundo renunciaría á la dicha de viajar con ella, de contemplarla durante tantas horas. Compararía tan gran felicidad con los mayores sacrificios, con toda mi sangre, y ya ves que puesto que la casualidad me ayuda, no he de renunciar á su apoyo.

— Tienes razón y no insisto.

— Te prometo volver y pronto.

— ¿Con ella?

— ¡Ojalá!

— De todos modos cumplirás tu palabra.

— Te la doy formalmente.

II

Cinco minutos después el expreso partía llevando á nuestras dos desconocidas y á Carlos que acababa de subir, trémulo de alegría, por ocupar un asiento frente á la joven. Bien pronto encontró Carlos ocasión oportuna de rom-

per el hielo de los primeros momentos, y a provechándola con tanta discreción como tacto, entablóse una conversación fría al principio y luego franca y alegre, merced á la expansión natural en compañeros de viaje y al distinguido trato de unas y otro.

El notable artista poseía un elevado talento, cultivado por vastísima instrucción, así es que pronto logró conquistarse las simpatías de las dos señoras.

Carlos estaba loco de placer. Durante las horas que pasaron juntos, las prodigó toda clase de delicadas atenciones, las sirvió afectuoso en esos mil pequeños detalles que se ofrecen en un viaje; ¡qué corto le pareció el tiempo, y qué rápida la marcha de la antipática locomotora!

Al llegar á Madrid, los dos jóvenes sufrieron una sacudida dolorosa, como el que despierta de un sueño delicioso á la triste realidad. Una mirada, no ya ligera y tímida, sino larga, intensa, embriagadora, se cruzó entre ellos.

Era preciso separarse.

La niña rubia hubiera premiado las atenciones del galante joven ofreciéndole su casa; pero no era á ella á quien tocaba hacerlo, y su tía se limitó á darle las gracias por sus bondades y á saludarle ceremoniosamente.

Los jóvenes cambiaron un apretón de manos y una última mirada.

Después alejéronse las señoras, seguidas por el joven.

III

Sofía no vió al entrar en su hotel á Carlos, y sin embargo, estaba segura de que la había seguido y conocía su morada.



PALANQUÍN EGIPCIO

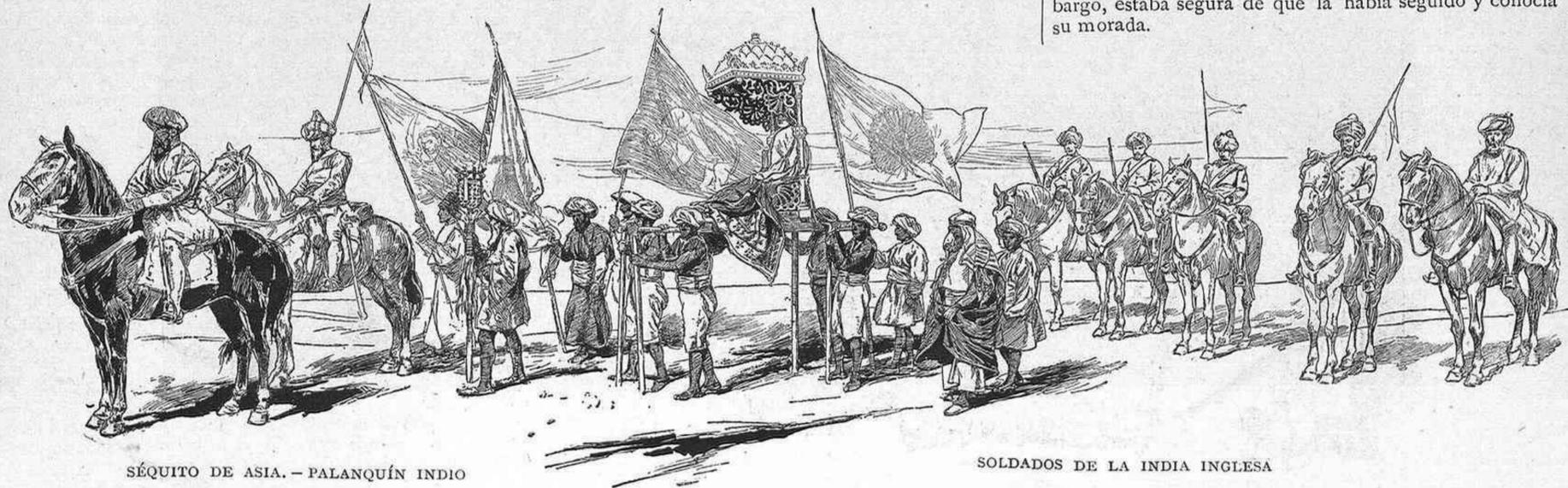
El artista ahogó al verlas un grito de sorpresa, palideció de emoción y exclamó apretando nerviosamente el brazo de su amigo:

— Mírala, mírala. ¡Es ella!

— Una rubia deliciosa. ¡Buena mujer! Ya la veo.

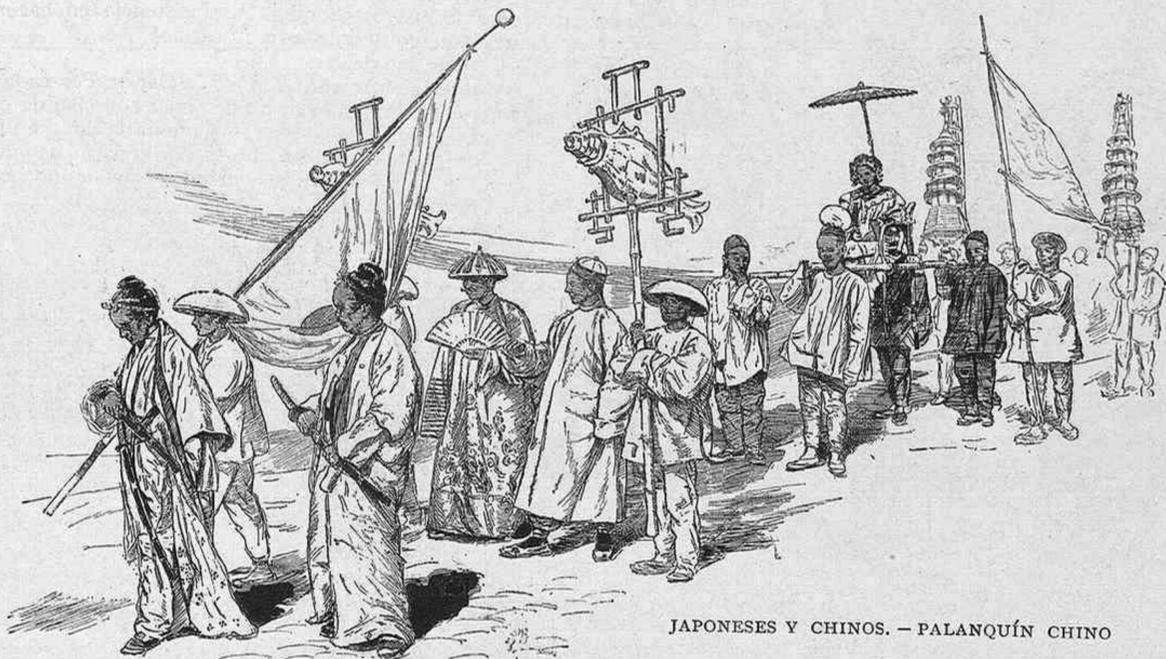
— Pero, ¿estás loco?

— Loco, sí, loco de amor. La ví, ó mejor dicho, se me apareció cual rápida y divina visión en uno de mis viajes por Asturias dejándome tan absorto, que cuando volví en mí ya había desaparecido y en vano la busqué por to-



SÉQUITO DE ASIA. — PALANQUÍN INDIO

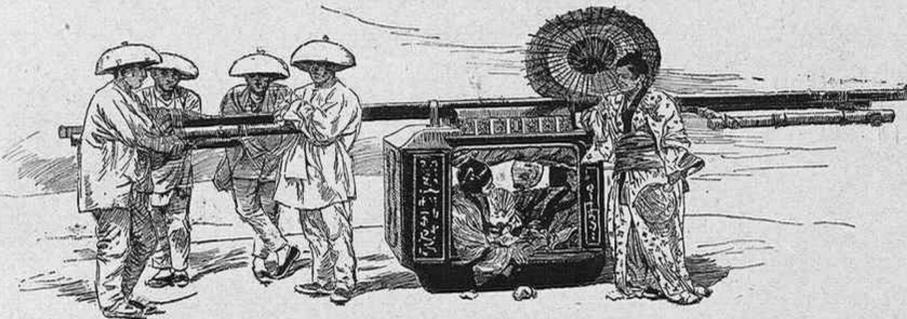
SOLDADOS DE LA INDIA INGLESA



JAPONESES Y CHINOS. — PALANQUÍN CHINO

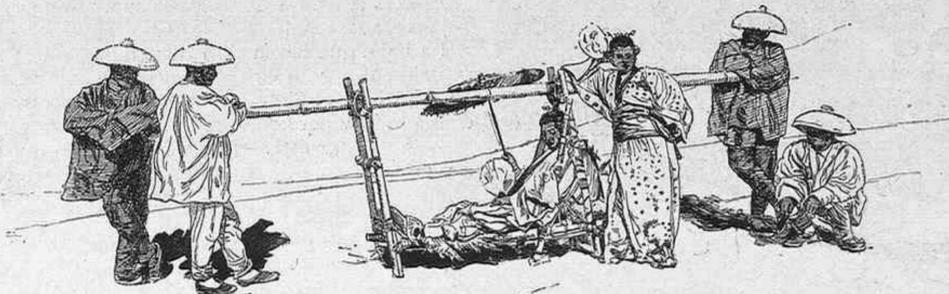
Al día siguiente, á todas horas creía verle aparecer delante de la verja, y cuantos instantes tenía libres iba del balcón al jardín y del jardín al balcón. ¡Inútil diligencia! El que tanto le había dicho con los ojos, el que se había apoderado de su corazón, no parecía. Al otro día lo esperó con menos confianza y más ansiedad. Al tercero, perdida toda esperanza, se dijo con amargura:

— Todo ha sido un sueño.
En aquella situación de ánimo, una conversación y una promesa cambiaron el destino de Sofía.
— Ven, hija mía, — díjole un día su tía, — hablemos un instante de cosas graves como dos buenas amigas.
La joven se sentó á su lado y dijo:
— ¡Me asusta V., querida tía!
— Tranquilízate, el asunto, aunque grave, no tiene nada de terrible, por el contrario, es muy alegre.
— Hable V., que ya deseo saber de qué se trata.
— Antes contesta á una pregunta con toda franqueza, con la mano puesta sobre el corazón, advirtiéndote que si me engañas, tú serás la engañada.
— Juro decir la verdad, — contestó Sofía sonriendo.
— Entre los jóvenes que has tratado y te han pretendido desde que salistes del colegio, ¿ha conseguido tu cariño alguno, has dado á alguno tu corazón? Piénsalo bien



PALANQUÍN JAPONÉS

antes de responderme, niña mía.
Encendido color subió al rostro de Sofía; pero repuesta al punto, contestó:
— No he dado mi corazón á nadie.
— ¿Nadie te ha impresionado?
Sofía suspiró.
— Eso sí, — repuso con ingenua franqueza, — alguno ha conmovido mi corazón; pero ha sido un sueño, una ilusión, nada de real y positivo.
— ¡Vamos, la novela del amor! — dijo doña Carmen sonriendo. — No hay muchacha que no tenga su novela, cuyas páginas cierra al casarse para comenzar su historia.
— ¡Qué felices serán, querida tía, las que lleven á feliz término esa primera novela!
— ¡Son tan pocas las que lo consiguen, mi pobre Sofía,



OTRO PALANQUÍN JAPONÉS

que pensar en ello es una quimera! Soñar es muy hermoso; pero, ¡ay! que es preciso despertar. Vamos á lo real, que es lo verdadero. Durante el año que llevas fuera del colegio, ¿he satisfecho todos tus caprichos, he realizado todos tus deseos?

— Aun antes de formularlos.
— ¿Estás satisfecha de mí?
— ¡Oh! tía, ¡qué pregunta! Si usted ha sido mi única madre desde que en la infancia la perdí; si á V. debo mi educación, mis intereses y hasta la vida que sus cuidados me han conservado, y además tesoros de cariño y de bondades: ¡no he de estar satisfecha! Mi gratitud es tan grande como mi cariño hacia V., y sólo anhelo ocasión en que demostrarle en cuánto estimo lo mucho que le debo.

Todo esto fué dicho con tanto ardor, que doña Carmen conmovida la estrechó contra su corazón y besó apasionadamente su frente y sus ojos añadiendo:

— Pues bien, Sofía querida, esa ocasión ha llegado.
La joven se separó de sus brazos con un movimiento de sorpresa.

— ¿Qué puedo yo hacer por V.? — preguntó.
— Darme gusto á tu vez.
— Dígame V. en qué puedo complacerla, que sus deseos serán órdenes para mí.
— Puesto que no has dado tu corazón ni empeñado tu palabra, deseo que aceptes el marido que he elegido para tí, de cuyo amor ya tienes conocimiento.
Sofía sintió que el mundo se desplomaba sobre ella.

Hubo un instante de silencio que la pobre niña necesitó para reponerse de aquella violenta impresión.
— Y... ¿quién es? — preguntó al fin con insegura voz.
— ¿No te lo figuras? El Sr. de Romero, viudo hace muchos años de mi mejor amiga.
Lo mismo le daba á Sofía este nombre que otro cualquiera. Todo le era indiferente. Sin embargo dijo:
— ¡Hay tanta diferencia de edades!...
— El hombre debe tener más edad que la mujer, querida Sofía. Un hombre de cuarenta y tantos años es aún joven. El Sr. de Romero es rico, simpático, antiguo amigo nuestro.
— Reconozco que es una excelente persona, un hombre intachable, distinguido, á quien estimo; pero...
— ¿Pero qué?

— Me encuentro tan bien así, tía mía. ¿Por qué casarme tan pronto?

— Por varias y muy buenas razones. Dos mujeres solas como nosotras estamos, luchan con mil dificultades en la vida, necesitan la protección de un hombre. Nuestros intereses se resienten de la falta de dirección; Romero, rico, inteligente y activo, los aumentará; él nos dará el apoyo necesario á una niña que empieza á ser mujer y á una mujer que pronto será anciana.

Sofía bajó la cabeza. Las razones de su tía eran convincentes, y sin embargo, su corazón rechazaba aquel enlace tan contrario á sus sentimientos. Pero, ¿acaso tenía algo real en qué fundarse para no aceptarlo? ¿Podía seguir abrigando la ilusión de un amor imaginario y sacrificar á un sueño, el único deseo de aquella á quien tanto debía?

— Dí, en fin, qué piensas: — exclamó su tía alarmada por tan largo silencio.

— ¿Usted cree que Romero puede hacerme feliz?
— Lo creo firmemente y me fundo en sus cualidades y en lo mucho que te ama. Siendo su esposa me darás la mayor satisfacción.

— Pues lo seré, — exclamó resuelta. — Me casaré cuando V. quiera, se lo prometo.

— Gracias, hija mía. El tranquilo afecto que sientes hacia él se convertirá por la atracción del amor en verdadera pasión. ¡Qué felices vamos á ser!

Un abrazo selló el solemne compromiso.

IV

¿Cómo Carlos, tan locamente enamorado, tan vehe-



CARRETA RUSA

mente y tan resuelto á lograr el amor de Sofía, no la había vuelto á ver? ¿Era acaso uno de esos hombres ligeros que ni saben lo que quieren ni lo que sienten? No por cierto. Amaba muy de veras á Sofía, pero la fatalidad había levantado entre ellos una barrera que los separaba para siempre. ¿Cuál era esta?

Lo sabremos leyendo parte de una carta que Carlos escribía á su amigo Paco, á San Sebastián.

«Soy el más desgraciado de los hombres! — decía. — He caído desde el cielo de todas las esperanzas al fondo de la desesperación. Ahora que no me comprendes creerás que me he vuelto loco; pero bien pronto me compadecerás.

Al abrazar á mi padre á mi llegada á ésta la felicidad más grande me inundaba: sabía que ella pertenecía á una familia unida á la nuestra por antigua amistad, y ansiaba contárselo todo á mi padre que, joven aun, expansivo y cariñoso, ha sido siempre mi mejor amigo. Contaba con su apoyo y me creía seguro. Pero él, loco de placer por la sorpresa de verme antes de lo que creyó, anticipó á mis confidencias las suyas.

— ¿No sabes, querido Carlos, — me dijo después de hablar de mis viajes y mis estudios, — no sabes la gran noticia que te voy á dar? Imposible que la sospeches.

— Pues dímelas pronto, no excites mi curiosidad, — contesté riendo.

— Si tú fueras otro no te lo diría tan de repente por si te hacía mal efecto; pero como tu cariño hacia mí es tan grande no vacilo, seguro de que sólo deseas mi felicidad.
— Pero, ¿qué es ello? — exclamé asombrado. — De tu prelude sólo he comprendido que me haces justicia. Tu felicidad es lo primero para mí.

— Entonces aplaudirás mi determinación. Me caso, Carlos, me caso: ¿Qué te parece?

— Perfectamente. Aun no eres viejo y perteneces á esa raza de hombres que son eternamente jóvenes. Seguro de que habrás hecho una buena elección, lo aplaudo.

— Es un ángel. Sólo una circunstancia me ha detenido y me disgusta.

— ¿Cuál?

— La diferencia de edad; es demasiado joven. Pero la amo tanto, que la pasión me ha arrastrado al fin, y espero lograr muy pronto la dicha.

— ¿Quién es ella?

— Sofía, la sobrina de mi antigua y buena amiga Carmen Aguilar.

Estas palabras me hicieron un efecto que me sería imposible explicarte. El por qué, ya lo habrás adivinado.

Sentí en el corazón una violenta sacudida que estremeció todo mi ser, y en la cabeza como un golpe de maza que me obligó á cerrar los ojos. Mi trastorno debió ser tan visible que mi padre se asustó.



SÉQUITO DE AMÉRICA

— Carlos, hijo mío, — exclamó alarmado, — ¿qué tienes? ¿qué te ha dado?

Con gran trabajo logré reponerme y contestar sereno en apariencia:

— Nada, un vahido; y reponiéndome:

— ¿Ella te corresponde? — le pregunté asiéndome á aquella egoísta esperanza.

— Me concede toda su estimación, todo su afecto, y su tía está segura de lograr que me ame.

¿Comprendes mi horrible situación? El rival que me va á arrebatarse la dicha, á quien yo ahogaría entre mis manos, es mi padre, y no un padre déspota ó indiferente, sino el mejor, el más amante de los padres, el ídolo de mi vida. Yo no puedo entablar con él una lucha repugnante. Le quiero demasiado para condenarlo á los tormentos que estoy sufriendo. Tampoco tengo el valor de huir de ella para siempre, y á la sola idea de verla esposa de otro, mi sangre arde y mi razón se extravía. Mi única esperanza es que la desesperación acabe con mi vida, y pido á Dios que sea de una vez y pronto, antes que la locura me arroje en el suicidio.»

V

En la noche del día que siguió al de la conversación entre Sofia y su tía, se encontraba la primera en su habitación sola y meditabunda, pensando en el compromiso que había contraído, y entregada á esa profunda abstracción que nos traslada á veces á mundos desconocidos creados por la fantasía.

Clavada su vista allá en el horizonte que se divisaba á través de los cristales de su balcón, soñaba con otro mundo mejor; avanzaba, avanzaba más, emprendía veloz carrera, pueblos, ciudades, bosques, mares, ríos, todo quedábase atrás; allá lejos muy lejos, su rápida carrera convertíase en vertiginoso vuelo, nació alas á su alma, y al fin, ¡oh dicha incomparable! abandonaba la tierra, que poco á poco iba apareciendo más pequeña y mezquina, hasta que por fin hundíase en el fondo de obscura sima. Una luz brillante, de rayos argentados y rosáceos en divino consorcio, la deslumbraba; de pronto apareció á su vista una azulada estrella que comenzó á guiarla en su camino, como aquella que guió á los reyes magos á aquel humilde lugar donde nació la luz de las luces, la luz de la verdad absoluta é infinita.

Invisibles lazos la sujetaron y arrastrándola la llevaron al término de su viaje.

Llegó al mundo del amor; al mundo no, aquello no era mundo, que donde el amor reina, cielo ha de ser.

En aquel cielo había un solo habitante, el que por primera vez hizo latir el corazón de Sofia, quien al verla fué hacia ella. Llegaron casi á tocarse y cuando iba á es-

tañar el puro beso del amor, una barrera intranqueable interpúsose entre ellos. Lucharon ambos, pero ¡ay! que se agotaron sus fuerzas.

Como á Ícaro, se le desprendieron á Sofia las alas y cayó otra vez en la tierra, y se vió pobre, miserable, odiando y amada, suplicio mayor que el de Tántalo, y vió lágrimas, sangre, perjuros, infidelidades, y vióse, drama horrible, ella, pecadora, ella, manchada y maldecida hasta por aquel á quien amaba.

Sintióse angustiada la niña.

Por fin, todas aquellas visiones huyeron.

Volvíó Sofia á la realidad, al oír un piano que sonaba dulcísimo.

Muchas veces había oído aquella misma música y nunca como entonces la sintió.

El artista, pues artista y notable era el que tocaba, habitaba cerca del hotel de Sofia y hacía gemir á las cuerdas del piano ejecutando el final de *Aida*.

Aquellos cantos funerales, mezclados con los ayes y can-

tos de amor de Radames y Aida, no causaban dolor á Sofia. ¡Ay! pensaba, ¡felices ellos que tuvieron la dicha de morir juntos!

Volvió Sofia á caer en sus meditaciones.

Había anochecido.

El sonido del piano hízose menos perceptible.

Para seguir gozando de aquella música, abrió Sofia el balcón y apoyóse en la barandilla.

Bajó los ojos hacia el jardín y vió con placer y no con miedo, que un hombre se ocultaba entre los árboles.

Dió Sofia un grito.

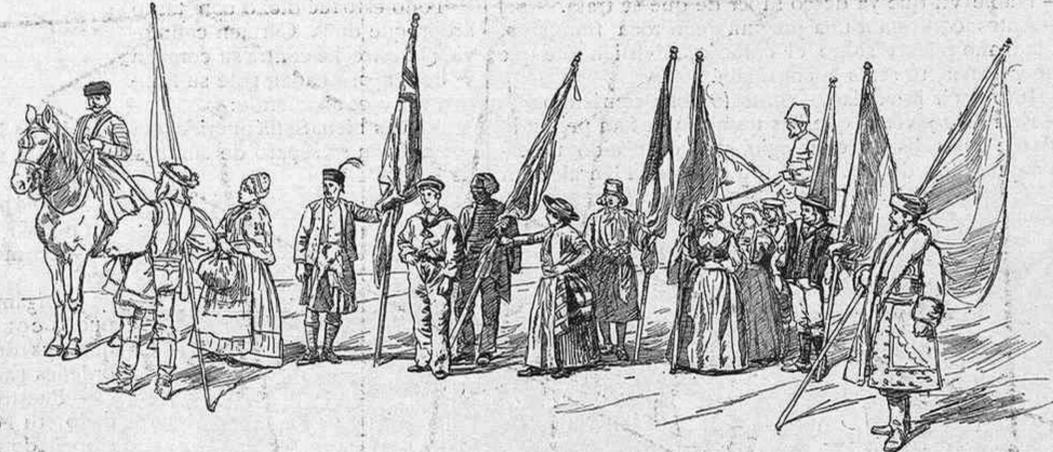
Aquel hombre era Carlos sin duda. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por qué no había ido á buscarla?

¡Ay! no la amaba!

Mas si no la amaba ¿por qué iba á contemplarla tras de la verja de su jardín?

Repitióse varias veces esta escena y el enigma no se descifraba.

Sofia vió á Carlos algunas veces desde lejos.



SÉQUITO DE EUROPA, NACIONES EXTRANJERAS

Una tarde, como todas desde el primer día en que vió á Carlos, asomóse Sofia al balcón.

No vió la silueta querida de aquel por quien tanto sufría.

Acercábase el día de su boda con el Sr. de Romero.

Había transcurrido un mes sin que volviese aquel á quien ella calificaba de ingrato.

VI

Llegó el día de la boda, que llega todo en el mundo. Doña Carmen estaba radiante de satisfacción.

Sofia, pálida, triste y resignada como una víctima que va al sacrificio. El novio alegre; pero con una alegría amargada por el pesar de ver á su hijo enfermo.

Llegado el sacerdote, pasaron á la capilla. Los novios se aproximaron... Al ir á arrodillarse Sofia se incorporó bruscamente y palideció aun más.

Había oído el final de *Aida*.

Sofia dió un grito, y fascinada, loca, se lanzó al jardín. Aquella música le recordó la tarde en que le vió en aquel sitio. Algo le decía que allí estaba él.

Recorrió el jardín gritando: ¡Carlos! ¡Carlos!

Por fin le halló caído en un banco cubierto de sangre. Pidió socorro á grandes voces.

Acudieron todos.

De pronto sonó un gran grito:

— ¡Hijo! ¡hijo mío! — dijo el Sr. de Romero.

— ¡Su hijo! — exclamó Sofia, — y cayó desplomada al suelo.

Junto al cuerpo ensangrentado de Carlos veíase una carta y un revólver.

Abrazó el Sr. de Romero el cuerpo de su hijo y gritó:

— ¡Vive, aun vive!

La bala, que había sido disparada contra el corazón, resbaló sobre una costilla, causando sólo una ligera herida. Sin duda el plomo no quiso destrozarse aquel corazón enamorado y heroico, que se sacrificaba por su padre.

— ¡Ah! — dijo éste. — ¡Gracias, Dios mío, que me avisaste á tiempo! ¡Necio de mí que quise unir la nieve y el fuego! ¡Sofia, hija mía! — añadió levantándola del suelo, — ¡vuelve en tí, estás en los brazos de tu padre!

El final de esta historia se adivina.

El día de la boda de Carlos y Sofia, ésta regaló á aquel un cuaderno de música conteniendo el final de *Aida*, encuadernado en terciopelo, y en las tapas una plancha de oro en la que se leía: «Como ellos, moriremos juntos.»

A. SÁNCHEZ CANTOS



SÉQUITO DE EUROPA, REGIONES ESPAÑOLAS